



Autor: Víctor García Bustos

Obra: *Estaré en casa por Navidad*

*La música evoca la emoción, y la emoción trae el recuerdo.  
Oliver Sacks (1933-2015)*

*Ni siquiera se mira en el gran espejo antiguo que reina la habitación. Para él vuelve a ser la primera vez que, en el mundo, algo le preocupa más que él mismo: ella. Ha dejado de escucharse el fragor tenebroso de las bombas alemanas pero, aunque esa casa escondida entre la nieve del invierno francés fuera la misma trinchera del frente, no sería capaz de sentir la orquesta perturbada de la guerra entre su agitada respiración y los latidos de su corazón. Está encadenado a la sonrisa aventurera de la francesita de pueblo que le ha confesado su sueño de ser actriz famosa, pero se siente libre y, olvidando su innata y vanidosa necesidad de comprobar la belleza de su propio rostro en el cristal que deja atrás, se acerca, se quita la guerrera y desliza sus dedos por los botones de la blusa de la muchacha. Es navidad, aunque la desesperación de la guerra ha arrastrado la alegría y el cariño de la familia unida, y, perdidos, solos, entre el frío y el olor de un monte que es capaz de atravesar el hielo y las paredes, los dos buscan un regalo en la calidez de sus cuerpos. Durante un instante, el soldado desconoce si el anhelo ansioso que brota en su interior lo han causado esos ojos que le miran con deseo, el cabello rubio que acaricia su frente, o si son simplemente las prisas de la preocupación; la intranquilidad de que su División haya marchado de allí y le tomen por un desertor. Sabe que compañeros suyos han muerto por eso. Cuando la abraza con fuerza y siente el calor de la piel desnuda sobre sus brazos desaparece el miedo. No le importaría morir feliz. Tampoco que no haya un árbol de navidad decorado, o una rama de muérdago sobre la puerta que les protege del hálito álgido de ese invierno bélico. Mientras se sumerge en ella, empieza a cantar, y llamando con sus labios a una orquesta y una voz que recuerda y honra a un soldado triste que escribe a su familia por navidad, empieza a sonar el himno de la nostalgia que había llegado poco tiempo atrás a las milicias aliadas con la magia de Bing Crosby. I'll be home for Christmas. Y, bailando al son de la música que brota de su interior y acaricia sus labios, combaten con el fuego de su pasión el frío de la montaña. La Nochebuena me encontrará... Y se funden en un abrazo. Donde brilla la luz del amor. Mientras, el vestido cae, lentamente, hacia el suelo. Estaré en casa por navidad... Y boca sobre boca, piel sobre piel, se aman. Aunque sólo sea en mis sueños.*

*En un arrebató de pasión, la francesita le empuja hacia detrás y los dos, a medio vestir, quedan reflejados por la realidad del espejo. La música deja de sonar. El pelo de oro de la chica se tiñe de gris, las arrugas del tiempo pintan su*

*Mejor relato*

*XIV Certamen de relato corto Rozasjoven*

cara y unos lagrimones empiezan a caer de sus ojos. Inquieta y asustada, vuelve a cubrirse los senos, que, al contrario que su rostro rugoso y anciano, parecen todavía conservar una juventud que ha sobrevivido a cinco embarazos y las inclemencias de los años. El soldado se mira. Ha desaparecido su pelo. Apenas se reconoce en el viejo que le acecha desde ese otro lado. Su uniforme militar se ha convertido en una americana de pana sucia y desastrosa, llena de manchas y arañazos, olvidada del glamour que una vez tuvo, y en unos pantalones grises que no le ciñen la cintura y dejan asomar el blanco de sus calzoncillos. Siente asco. Y vergüenza. Vuelve a ser Navidad, pero hace mucho que dejó de ser un soldado.

Su mujer, aterrada, llora. El viejo mira alrededor, desorientado y confundido. Poco queda de la casa humilde que conoció en el cuarenta y cinco, sólo el espejo cruel, tampoco ve el hogar impoluto y señorial que crearon de ella después de su boda y con el que presumieron año tras año ante cada vez más vecinos, cuando la aldea se convirtió en pueblo. El orden que había reinado siempre allí se había transformado en una leonera. De la decoración magistral de otros tiempos, con su abeto fresco, coronado por una estrella brillante y dorada, de las luces y guirnaldas apenas queda el recuerdo. Sobre la cómoda descansa un sándwich a medio comer. La cama está deshecha. Hay papeles, algunos tirados en el suelo y otros colgados en la pared, el armario o los cajones, sobre los que se anota todo lo que debe recordar con una letra grande y repasada. El lápiz culpable está sobre la mesita de noche, al lado de una caja de medicamentos vacía. La ropa, usada y sin usar, empapela la habitación. Vuelve a dirigirse hacia su mujer pero ella, aún estremecida, con las mejillas mojadas, se aleja de él dando unos pasos hacia detrás. Parece que haya visto un fantasma. El rostro del viejo se inunda de tristeza, y antes de que pueda articular palabra alguna, si es que la enfermedad le permitiese lograrlo, escucha a la francesita mientras sale de la habitación con prisas, con una mano sobre el vestido y otra sobre su pelo gris.

—Mon Dieu! Pourquoi est-ce arrivé à moi? Ya no puedo más —y vuelve a hundirse en llanto.

La anciana huye de él y se encierra en el baño con una botella de vino. Con lo torpe que se ha vuelto su marido no pensaba que todavía conservase tanta fuerza, pero, sobre todo, jamás hubiera imaginado que su hombre, gran padre, si cabe, mejor esposo, aquel culto y coqueto soldado americano que le robó el corazón para regalarle el suyo por Navidad durante la guerra y que sólo había vivido para su familia, hubiese intentado abusar de ella. A sus años. —Piensa—. Mientras vuelve a quitarse el agua salada de la cara con la manga, cierra los ojos. Intenta disculparle refugiándose en los besos del recuerdo, y en el vino. Muy lejos queda su noche de boda, pero, con un buen trago, la mujer intenta ver al hombre que fue. No está más cerca la traviesa infancia de sus niños, pero se fuerza a sentir la alegría de unas Navidades pasadas. Intenta volver a reír viéndole tropezar disfrazado de Papá Noel y perder la barba blanca delante del desconcierto de sus hijos, y siente, de nuevo, el embriagador y afrutado ardor de la uva en su garganta. Ella nunca ha bebido, o no demasiado, pero cuando

recuerda los cientos de horas que han pasado juntos decorando la casa, decorando sus propios cuerpos para lucir los mejores conjuntos en las coloridas y musicales fiestas de su pueblo, vuelve a sentir rabia y la ahoga en el alcohol. Ahora ni siquiera se quita esa chaqueta de pana ajada y mugrienta, dice en voz alta. Lo más profundo de su mente se lamenta por no haber querido asumir que el Alzheimer llegara tan lejos. Ya no queda nada de él. Ese hombre no es mi marido, él nunca habría roto la ropa preciosa que le regalo con tal de que se quite ese trapo que lleva. Con lo que me costaron esas camisas. Qué habré hecho yo para pasar esta nochebuena, de las últimas, encerrada en el baño. Y, acercándose el cristal verdoso de la botella a sus labios, vuelve a extraviarse en el mundo ficticio y ebrio, que, aun siéndolo, le resulta infinitamente mejor que la sobriedad de recordar un amor perdido.

Cuando sale de allí, recorriendo la senda ondulante y voluble de su embriaguez, va directa al teléfono. Con el rabillo del ojo le ve, todavía, en la habitación, pero su rostro parece de cera. Ya ni siquiera se sorprende de tener miedo de su marido enfermo. Él camina arrastrando los pies, sin mover los brazos, como si fuera un alma en pena pero con la mano aferrada a un lápiz. No se da cuenta, tampoco parece importarle, y la anciana llama a su hija mayor.

—No puedo más, tenemos que llevarle al médico. A papá. Que ha intentado pegarme —la vergüenza la abrumba, y no se atreve a decirle a su hija qué es lo que ha ocurrido en realidad—. Venid para casa, que yo ya no me hago con él, y ya estoy mayor, y estoy harta, de verdad.

El alcohol, la tristeza, la impotencia, el dolor y la rabia se aferran a su alma y no tiene valor para mirar a los ojos perdidos de su marido cuando están delante del médico, tampoco para escuchar lo que les dice.

—No deben culparle, no sólo por él, porque quizá no pueda apreciarlo en el estadio en el que está de su enfermedad, sino por ustedes. —El anciano, con el vestigio vacío de una sonrisa tímida, mira al frente—. Todas las cosas que haga su marido tienen un sentido en su mundo interior, es la lucha para mantener la identidad personal que le roba la enfermedad, y no hay nadie mejor que ustedes para descubrirlo, porque le conocen. —En esa consulta blanca, sus hijos escuchan, pero su mujer, que no ha cesado de vomitar una verborrea con la que pretende descansar su corazón del peso de la frustración, no—. Como lo que cuenta usted de la chaqueta. Siempre ha sido un hombre muy arreglado, y para él, para su realidad, esa americana de pana es el último resquicio que identifica como un buen vestir.

Detrás de todo hay una explicación, sólo hay que encontrarla. Y si creen que le han perdido, inténtenlo con la música. Quizá para él, como para muchos pacientes, pueda ser la puerta abierta a la vida, no sólo una distracción, sino una necesidad.

Al entrar, de nuevo, por la puerta antigua de casa el viejo ya sufre los efectos del sedante prescrito para evitar otro episodio violento. Él ya no lo recuerda,

y cuando su hija mayor le ayuda a acostarse en la cama, se pierde en su misterioso mundo de sueños. Ella ordena la habitación, tira un sándwich, guarda la ropa y recoge un lápiz. Lo deja sobre la mesita, y se da cuenta de que, en uno de los papelitos de los que guarnecían la puerta, las paredes y los muebles, hay una carta. Poco queda de la impecable y bella caligrafía de otros tiempos. Las letras, asimétricas y cuyas curvas se han convertido en ángulos temblorosos, están separadas, pero todavía pueden leerse. Con ojos de cristal, llama a su madre.

Mi francesita, perdóname. No sé si volveré a despertar de este sueño extraño en el que la enfermedad ha convertido mi vida, antes sólo soñaba que volvía a ser la primera vez que te amé, aquel invierno tan duro y creo que he hecho cosas que me arrepiento. Tus camisas son preciosas, ahora lo sé. Por si fuera la última vez, perdóname, ojalá pudiera ser yo quien te cuida a ti y hacerte el mejor regalo del mundo. Feliz navidad, mon chéri. Gracias por estar a mi lado. Te quiero siempre.

La última letra se difumina con un trazo perdido más allá del papel. La mano de la anciana tiembla, antes de caer en un llanto mudo que arrastra el aroma del vino por su garganta. Su hija sale de la habitación y, antes de cerrar la puerta, escucha a su madre, volviendo a ser una muchacha de pueblo que sueña con ser actriz y con el fin de la guerra la Nochebuena fría de 1944. Christmas Eve will find me where the love light beams. I'll be home for Christmas, if only in my dreams, le canta al oído al soldado dormido en una navidad como en la que se conocieron, sin luces, sin muérdago, sin árbol, sin guirnaldas. Se sorprende cuando los labios de su marido dibujan una gran sonrisa y él le aprieta con fuerza su mano. Y sigue cantando.